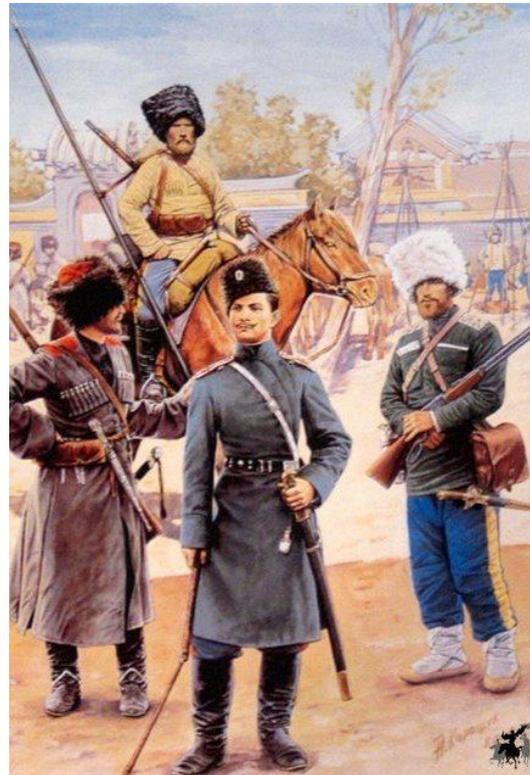


TRES CUENTOS RUSOS



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

BIOGRAFÍA DE ALEXANDR IVANOVICH KUPRIN

JUVENTUD

LA ETAPA MILITAR

LA ETAPA BOHEMIA

EL TRIUNFO

LA GUERRA

LA REVOLUCIÓN

EL EXILIO

EL REGRESO

LOS CUENTOS

¡ALLEZ!

EL TELEGRAFISTA

EL RIZO

INTRODUCCIÓN

Siempre me han interesado los idiomas, aunque mi capacidad de aprendizaje del uso práctico de los mismos es muy pequeña, a pesar de mis estudios, sólo he conseguido dominar el inglés. Aún recuerdo con nostalgia mis estudios del latín. Soy demasiado perfeccionista en la utilización de las formas gramaticales y la sintaxis para conseguir fácilmente fluidez en un idioma.

Hace años, por muchas razones, que no merece la pena explicar, estudié ruso, y como parte de ello traduje al español tres historias cortas escritas por Alexandr Ivanovich Kuprin, que formaban parte de una colección que casualmente compré en Moscú.

El trabajo de traductor es difícil, no sólo éste debe entender lo que dice el autor, sino también convertirlo en un texto en otro idioma, para un lector de mentalidad muy distinta a la del lector al que la obra original iba dirigida.

Según dice José Ortega y Gasset en *El libro de las misiones*, el buen escritor, el escritor con estilo, hace durante su trabajo continuamente pequeñas erosiones a la gramática, al uso establecido, a las normas vigentes de la lengua, comete en sus escritos un permanente acto de rebeldía. El traductor intenta, por lo general, meter al escritor en la prisión del lenguaje normal, y, así, en cierto modo, lo traiciona, como dice la frase “Traduttore traditore”. Si el traductor es un escritor que tiene además su propio estilo introducirá entonces su propia rebeldía y el resultado final será, pues, una obra algo distinta al original. Adicionalmente, hay que tener en cuenta que la equivalencia de las palabras en dos idiomas distintos dadas por los diccionarios no es exacta, incluso a veces bastante distinta, lo cual complica aún más la situación.

Estas tres interesantes historias cortas representan muy bien el estilo y personalidad de Kuprin. Una de ellas ¡Allez! fue muy alabada por Tolstoi, como un inmejorable estudio de la vida circense.

Kuprin no es muy conocido en España, dónde se desconoce bastante la literatura rusa. Sin embargo, la posición de Kuprin en la literatura es muy interesante. Nació en la época de la gran novela rusa, cuyo zenit se alcanzó en 1860. Aunque obtuvo su éxito literario con dos novelas *El duelo* y *La*

fosa, dedicó sus esfuerzos, sobre todo, a escribir historias cortas, que se adaptaban muy bien a su temperamento inquieto. Este tipo de forma literaria fue también seguido por sus contemporáneos Chekhov, Gorki y Bunin. En sus historias utiliza sin cesar las experiencias adquiridas durante su estancia en el ejército y en sus largas correrías bohemias por el Sudoeste de Rusia. Sus contemporáneos lo consideraron como el heredero de Chekhov, y, posteriormente, Nabokov lo definió como el Kipling ruso por sus historias sobre aventureros patéticos, que a menudo son “neuróticos” y “vulnerables”.

Muchas de sus historias han sido llevadas a la pantalla.

ALEXANDR IVANOVICH KUPRIN

JUVENTUD

Alexandr Ivanovich Kuprin, nació en Narovchat, en el oblast (región) de Penza de la actual República Rusa, el 7 de septiembre de 1870 (el 26 de agosto de acuerdo con el antiguo calendario ruso). Nació en una familia humilde, ya que era hijo de un pequeño burócrata ruso, Ivan Ivanovich Kuprin, y de una aristócrata tártara, Liubov Alekseyevna Kuprina, nacida como Kulunchakova, y, por ello, descendiente de los príncipes tártaros Kulunchak, una familia noble de los Tártaros del Volga, pero arruinada a mediados del siglo XIX. Alexandr tenía dos hermanas, llamadas Sofía y Zinaida.

En 1871, el padre, Ivan Kuprin, murió de cólera a los 37 años, y tres años más tarde tuvo que trasladarse con su madre a un Hogar para Viudas en Kudrino, Moscú. En 1876 fue enviado al internado Razumovsky, para huérfanos de la alta burguesía. Su madre murió poco después

LA ETAPA MILITAR.

Alentado por la victoria rusa en 1880 durante la Guerra Ruso-Turca, Alexander se matriculó en el Segundo Instituto Militar de Moscú, que en 1882 se convirtió en un Cuerpo de Cadetes.

Durante su estancia en esta escuela militar se dedicó a escribir poemas, y a realizar traducciones al ruso de poetas extranjeros. Entre sus poemas destacan varios:

Na den' koronatsii (En el Día de la Coronación), escrito a principios de 1883 e inspirado en la coronación del zar Alejandro III en mayo de ese año.

Boets (El Guerrero) de 1885, un monólogo heroico y patriótico de un

soldado que muere en la campo de batalla.

Poemas satíricos, entre los que destaca *Oda Katkovu (Oda a Kaltov)* de 1886, un poema en que ridiculiza al archireaccionario Mikhail Katkov ministro del Interior de Alejandro III.

El 14 de abril de 1887 escribió *Sny (Sueños)*, un poema político. Era el día en que los terroristas que planeaban asesinar a Alejandro III fueron condenados, entre ellos Alexandr Ulyanov, Hermano de Lenin, que fue ejecutado posteriormente. En el poema ataca la justicia del zar y destaca la vileza del hecho.

Escribió también poemas alegres dedicados a los placeres de la juventud, como *Molitva p'iannitsy (La Oración de un Borracho)*, de 1884, y *Proiskhozhdenie kon'iaka (El Origen del Coñac)*, de 1885, e incluso poemas indecentes, como *Masha*, al cual añadió el comentario “No para leer a cualquiera”

En el otoño de 1888 dejó el Cuerpo de Cadetes y se incorporó a la Academia Militar Alexander de Moscú, que formaba oficiales de infantería tras un curso de dos años. Sus alumnos recibían el nombre de “junkers”. Durante su estancia en la Academia comenzó su carrera literaria.

En 1889 conoció a Liodor Ivanovich Palmain, y con su ayuda publicó, el 3 de diciembre de 1889, en la revista semanal *Russkii satiricheskii listok (Folleto Satírico Ruso)* su primera historia corta, *Poslednii debiut (El Último Debut)*

Esta historia está basada en un hecho real sucedido en 1881, el suicidio por envenenamiento en el escenario de la cantante Yevlalya Kadmina, que inspiró también el cuento de Ivan Turgenev *Clara Milich* y el drama en un acto *Tatyana Repina* de Chekhov. La ruptura trágica entre dos personas del mundo artístico, en este caso del circo, lo utilizó también en *¡Allez!*, uno de los cuentos que presento aquí.

Kurin cuenta el amor trágico que la actriz Golskaya siente por el empresario Alexander Petrovich. En su camerino, y entre los actos tercero y cuarto, el empresario rompe con la actriz, aunque promete cuidar del hijo que esperan. A continuación le recrimina su pésima actuación aquel día. Desesperada la actriz sale a escena, en donde representa a una actriz seducida por su empresario, de manera que los roles privado y profesional coinciden. En este último acto interpreta su papel magistralmente, y se envenena realmente ante el público.

Al descubrirse que el autor de esta historia era Kurin (la firmó como A. K-rin), fue castigado con dos días de arresto, pues los junkers no podían publicar nada sin la autorización de la dirección de la Academia.

En el verano de 1890 se graduó como alférez (segundo teniente) y se incorporó al Regimiento de Infantería Dnieper número 46, de guarnición en Proskurov (actualmente Khmel'nitsky, en la Ucrania Occidental), donde permaneció cuatro años.



KUPRIN CON SU UNIFORME MILITAR

Tras un par de años Kuprin publicó nuevas historias cortas, comenzando con *Psikheia (Psyque)*, también llamada *El Diario de un Escultor*, en diciembre de 1892, en la que un escultor modela una estatua de Psiqué con arcilla. La belleza de su obra excita su sensualidad, y se convence de que puede darle vida. Se imagina que respira, la besa y se desmaya. Enloquecido es enviado a un asilo.

Esta historia fue seguida por *Lunnoi noch'iu (En una noche de luna)*, en que aparece la doble personalidad propuesta por Dostoievski y por Stevenson, *V pot'makh (En la oscuridad)* en 1893, *Slavianskaia dusha (Un alma eslava)*, *Bezumie (Locura)* y *Zabytyi potselui (El beso olvidado)*, en

1894. En todas trata Kuprin de las manifestaciones raras y extrañas de la mente humana y en consecuencia estudiaba las anomalías de una mente desquiciada, e investigaba la separación entre realidad e imaginación.

De ellas es de destacar *En la oscuridad*, publicada en la revista cultural *Russkoe bogatstvo (El Patrimonio Ruso)*, a ésta siguieron otros relatos de esta primera etapa en sucesivos números de dicha publicación. Esta narración es bastante más larga que la longitud habitual de las historias de Kuprin. La heroína Zinaida Pavlovna viaja en un tren nocturno a una ciudad de provincias para ocupar un puesto de institutriz. Un joven oficial de ingenieros, Alesandr Alarin, la libra de las molestas atenciones de otro pasajero. El empleador de Zinaida, el rico industrial Kashperov se encapricha con ella. Alarin se enfrenta a un delito grave pues se ha jugado los fondos de su regimiento, Zinaida se ofrece a Kashparov si le da el dinero para salvar a Alarin. El industrial admira el desinterés de la muchacha y le da el dinero sin condiciones. La codicia de Alarin al recibir el dinero llena a Zinaida de desprecio, enferma y muere. Kashperov se suicida, y Alarin abandona la ciudad prematuramente envejecido. Esta novela representó su irrupción en el mundo literario ruso.

Esta etapa se caracteriza también por la denuncia de la corrupción reinante en la vida castrense, así como por la denuncia de otros vicios y conductas inmorales que, como el alcoholismo, estaban presentes en el ejército ruso, pero también en el resto de las esferas dominantes de la sociedad rusa.

Durante los años de su juventud dedicado casi por completo a la armas, se sintió abrumado por el peso de la responsabilidad del mando, la violencia intrínseca del ejército y la asfixiante disciplina militar. Tuvo una relación seria con una muchacha, y el padre prometió autorizar la boda si Kuprin entraba en la Academia de Estado Mayor. En otoño de 1893 viajó a San Petersburgo, para pasar los exámenes, que no pudo realizar al ser reclamado por su regimiento.

La próxima publicación de su historia *Doznaniye (La Investigación)*, sobre la brutalidad de los castigos corporales en el ejército, que muy probablemente iba a crearle problemas en su carrera militar, hizo que pidiese la baja del ejército en agosto de 1894.

El título inicial *Ekzekutsiia (El Castigo Corporal)*, por razones de censura se cambió al menos emotivo *Iz otdalennogo proshlogo (Desde el Pasado Lejano)* por sugerencia de N. K. Mikhailovsky, editor de la revista,

que se cambió posteriormente a *La Investigación*. Kuprin años después indicó que se basaba en una experiencia personal de sus años de oficial, y es una crítica de las condiciones en el ejército ruso en los años 1890.

La acción tiene lugar en una guarnición de provincias, en donde a un joven teniente Kozlovsky en su primer año de servicio se le ordena investigar el robo de un par de polainas y de treinta y siete kopecs por el tártaro Baiguzin, del cual consigue una confesión, y el soldado es condenado a recibir cien latigazos. Kozlovsky comprende lo absurdo del castigo frente a la nimiedad del delito, y se siente culpable del castigo. El tártaro no comprende el delito y apenas habla ruso, con lo cual el castigo es inútil. Kozlovsky es el primero de una serie de jóvenes oficiales sensibles que aparecen en sucesivas historias, tales como Yakhonto de *Pokhod (La Marcha)*, de 1901 y Romashnov en *El Duelo*.

En la línea de historias militares, en 1894 escribió *Kust sireny (El Matorral de Lilas)* en que el protagonista, Almazov, es un oficial duro de mollera y junto a él aparece su ambiciosa mujer Verochka, ambos antecedentes de Nikolaev y Shurochka de *El Duelo*.

LA ETAPA BOHEMIA

Comenzó entonces una etapa bohemia, que duró unos cinco años, durante la cual se desplazó a lo largo y ancho de la Rusia sudoriental, y para sobrevivir desempeñó oficios tan variopintos como los de impresor, cazador, pescador, cargador, auxiliar de odontología, agrimensor, actor teatral y circense, administrador de fincas, cantor de coro y oficinista, al mismo tiempo que mejoraba su educación leyendo continuamente. Años después, tras su dedicación definitiva a la escritura habría de hallar abundante material novelesco en las experiencias vividas durante sus años en el ejército, así como en sus variados oficios y en su dilatada andadura errante.

Este largo periplo errante por diferentes regiones del país no le distrajo del principal objeto de su vida: el cultivo de la creación literaria (plasmada en numerosas colaboraciones enviadas a diferentes revistas

literarias de la ciudad de Kiev, donde residió durante un largo período de tiempo)

Trabajó como periodista en diferentes periódicos de Kiev, y de otros lugares tales como Novocherkassk, Rostov-on-Don, Tsaritsyn, Taganrog and Odessa.

En Kiev se publicaron *Tipos de Kiev* (1896) y *Miniaturas* (1897). En ellos se reunían pequeños bosquejos sobre ambientes especiales y retratos de gentes.

Entre sus obras de este tiempo, y siguiendo a *La investigación* publicó una serie de historias cortas sobre el ejército tales como *Un Lugar donde dormir* (1897), *Praporshchik* (1897), *La Misión* (1899), y *El Turno de Noche* (1899)

Entre las obras de este período, destaca *Móloj* (1896), publicado en la revista de San Petersburgo *Russkoye Bogatstvo* (*Riqueza Rusa*) en la que Kuprin logró la creación de uno de los personajes más sólidos de toda su obra literaria: el ingeniero Bobrov, un idealista que lucha de forma voluntaria y abnegada por mejorar las condiciones de vida de la clase trabajadora, en plena expansión del capitalismo salvaje en la Rusia zarista., y el malestar social que estaba creándose. A pesar de su éxito, los asuntos sociales no interesaban a Kuprin, y sólo los plasmó, de nuevo, en dos obras, *Una Confusión* (1897) y *En las Entrañas de la Tierra* (1899)

En sus escritos fue influido por los novelistas contemporáneos rusos, sobre todo por Chekhov, al cual se asemeja en la pintura de algunos personajes, y por Gorki. Fue un seguidor en líneas generales de Gorki y del realismo. Sin embargo, Kuprin no veía en la literatura un instrumento de lucha social y política, hasta el punto que pudo decir con total convicción, "esto es la realidad: no es culpa vuestra ni nuestra", sin que nadie le pueda acusar de indiferencia. Su interés por los personajes y los medios que describe tienen algo de romántico y contrastan con el realismo de ciertas pinturas naturalistas, que aparecen excepcionalmente en algunas de sus obras como las de *La fosa*.

El éxito de *Moloj* y de sus novela corta *Olesya*, publicada en el periódico *Kiyeviyenin* a fines de 1898, una historia de los amores de un intelectual con una hermosa campesina, con fama de bruja, ayudaron a aumentar la fama literaria de Kuprin, y en septiembre de 1901 Viktor Miroyukov, editor de la revista mensual de San Petersburgo *Zhurnal Dlya*

Vsekh (Diario para todos), invitó a Kuprin a unirse a su equipo. Kuprin aceptó y en Diciembre se trasladó a la capital.

EL TRIUNFO

En San Petersburgo conoció e intimó con personajes tales como Anton Chekhov, Ivan Bunin, Maxim Gorki, Leonid Andreyev y el crítico Fyodor Batyushkov, de la revista liberal *Mir Bozhiy (El mundo de Dios)*, en la cual colaboró.

En Febrero de 1902 Kuprin se casó con Maria Karlovna Davydova, hija adoptiva de Alexandra Davydova, a la sazón editora de la revista *Mir Bozhy*, la cual murió a fines de año, y Maria Karlovna se hizo cargo de la revista. Kuprin dejó la revista *Zhurnal Dlya Vsekh* y se hizo cargo de la sección de obras de ficción de *Mir Bozhy*. En 1903 tuvieron una hija llamada Lydia.

En febrero de 1903 Gorki fundó la editorial *Znanie (Conocimiento)* que publicó ocho cuentos de Kuprin entre ellos *La Investigación* y *Moloj*. Tanto León Tolstoi, como Antón Chekhov, el crítico Angel Bogdanovich de *Mir Bozhy*, y otros críticos alabaron los temas y la técnica de Kuprin. Gorki dijo que éste era el tercer autor ruso tras Chekhov y Andreyev.

Durante el período entre 1902 y 1905 escribió menos que durante su estancia en provincias, pero los veinte cuentos publicados tienen una calidad mucho mayor.

En 1904 comenzó a trabajar en su obra maestra, *Poyedinok (El duelo)*, publicada el 3 de mayo de 1905). Es una novela realista en la que describe la vida sórdida de una guarnición militar de provincias, un joven oficial idealista y la burocracia del ejército ruso. Es una obra claramente antimilitarista. Mirando, constantemente a la realidad Kuprin no dudó en introducir en su obra elementos autobiográficos que recogió durante los años de permanencia en el ejército.

El alférez Romasov sueña desde su ingreso en el ejército con una brillante carrera militar, pero pronto la monótona y aburrida vida del regimiento lo envilece; solo le retiene en filas el amor que siente por

Surocka, la esposa de otro joven oficial. Cierta día hallándose ambos borrachos surge una pelea, que deriva en un duelo. Conocedora de lo que sucede, Surocka, que no ama a su marido, se dirige a la casa de Romasov, a quien se entrega a condición de que no toque a su adversario, ya que éste ha prometido lo mismo. Romasov cumple su promesa y cae muerto, porque el marido de Surocka no sabe nada. El final es ambiguo, pues no queda claro si Surocka además de entregarse apasionadamente al protagonista, ha velado egoístamente por la carrera de su marido, al no persuadirle para que perdonase a su víctima.

En torno a esta sencilla trama encontramos al resto de la oficialidad, envilecida y perezosa, exasperada por la escasez de soldada, y bestial y cruel en el trato con los subordinados. El único personaje que se revela contra la situación es un oficial alcoholizado, que dice: "En nuestro oficio razonar es inútil y peligroso... sólo hay tres vocaciones dignas: la ciencia, el arte y el trabajo físico al aire libre".

Lo mas importante de *El duelo* es el análisis psicológico y el contraste, tendencioso o muy acentuado, entre el idealismo del personaje y la grosería y mentalidad insana de la mayor parte de sus compañeros de armas.

La novela fue un auténtico éxito, se vendieron sólo en 1905 45500 ejemplares, lo cual era un record en la época. La controversia sobre su contenido continuó hasta 1917, según los críticos de la izquierda era otro clavo en el ataúd de la autocracia, mientras los conservadores la acusaban de ser un ataque al orden establecido.

La novela apareció en un momento delicado de la historia militar rusa, en 1905, cuando acababan de estallar las hostilidades con el Japón, por lo que Kuprin contribuyó a enconar más aun el ánimo del pueblo contra los militares.

Tras la Revolución de 1905 se convirtió abiertamente en un crítico del régimen. Observó la sublevación de los marineros del crucero *Ochakov* en la bahía de Sebastopol. Le conmovió la represión salvaje contra los marineros y alzó una voz de protesta, por lo que fue considerado políticamente poco fiable, y sometido a vigilancia por la policía secreta.

En el relato *Sucesos en Sebatopol* describe la destrucción del crucero *Ochakov*, que observó desde Balaklava. La artillería de la base incendió el barco, y los tiradores de la costa disparaban sin piedad contra los marineros

que nadaban hacia la costa. El comandante de la Flota del Mar Negro, almirante Grigory Chukhnin, considerado responsable de los sucesos, ordenó a Kuprin a abandonar Sebastopol antes de 48 horas, e inició un proceso por difamación. El Almirante fue asesinado en junio de 1906, pero el proceso continuó y finalmente Kuprin fue condenado a una multa y diez días de arresto domiciliario.

Posteriormente, en 1918, en su cuento *La Oruga* cuenta como salvó a varios marineros del crucero en llamas.

En 1906 publicó su novela *El capitán Rybnikov*, en la cual presenta a un espía japonés disfrazado de oficial ruso, y realiza un nuevo ataque contra la oficialidad rusa, en conjunto. Es una novela de gran calidad., muy alabada por Gorki.

En el período comprendido entre su éxito en 1905 con *El duelo* y hasta la revolución de 1917 escribió abundantemente, sin alejarse del campo del realismo, trató de seguir sus matices más diversos: así, el tolstoiano, en *Izumrud* (1907), la historia de un hermoso caballo así llamado, que no entiende el mundo extraño y cruel de los humanos; el flaubertiano de la evocación de antiguas civilizaciones, en *La Sulamita* (1908), en que narra los amores del rey Salomón con la bella esclava sulamita según el *Cantar de los Cantares*, los de Kipling y Jack London, por ejemplo, en la narración ya citada *El capitán Rybnikov*, el de Maupassant, en *Gambrinus* (1907); y el netamente original del romanticismo, *El Brazalete de granates* (1911). Otros escritos de esta época son *El río de la vida* (1906), *Un alma eslava* (1906), *La estrella de Salomón* (1917), etc.

Adicionalmente en este período realizó numerosas actividades no literarias, como presentarse como elector a la Primera Duma por la ciudad de San Petersburgo. En 1910 y 1911 realizó varios vuelos en globo con el deportista Sergey Utochkin, hizo inmersiones como submarinista en el Mar Negro, y varios vuelos con el aviador Ivan Zaikin.

Kuprin era, por lo general, un hombre fuerte, tranquilo y pacífico, que se convertía en extremadamente violento, al excitarse, sobre todo por efecto del alcohol. Por ello, a mediados de los años 1900, las relaciones con su esposa se deterioraron debido sobre todo a su alcoholismo, y sus continuas relaciones con borrachos y prostitutas, y se divorciaron en 1907.

En este mismo año se casó con Elizaveta Geinrich, hija del

revolucionario húngaro Morits Rottoni-Geinrich. A principios del año 1900 era una hermana de la caridad, más tarde la institutriz de Lydia, la hija de Kuprin, y muy buen amiga de Alexandra Davydova. En 1908 tuvieron una hija Ksenia, y en 1909 otra hija, Zinaida, que murió en 1912 de neumonía.



ELIZABETA GEINRICH, SEGUNDA ESPOSA DE KUPRIN, EN 1909

En 1908 abandonó *Znanie*, al considerar Gorki, que su novela *Mareo* era un ataque deliberado contra los Socialistas Rusos. La novela cuenta la violación de la protagonista, una Social Demócrata, y muestra a su marido, un revolucionario, de un modo muy desfavorable.

En 1909 en compañía de Iván Bunin, fue galardonado con el Premio Pushkin pero no sería hasta 1912 cuando se publicarían sus primeras obras completas.

Su otra novela famosa fue *Yama (La fosa)*, fue comenzada en 1908, Su primera parte apareció en 1909, la segunda en 1914 y la tercera en 1915. Como en *El duelo*, Kuprin utiliza también sus recuerdos autobiográficos. La novela ha sido traducida al español como *La fosa de la lascivia* (Rafael Caro Raggio, Madrid, 1929).

La novela se consagra a describir la vida de las prostitutas de una pequeña ciudad de la Rusia meridional. “Yama”, que significa “la fosa”, es el nombre del barrio de peor fama de la ciudad. Kuprin recogió durante largo tiempo los materiales necesarios para escribir esta novela que se convirtió en el fruto de una experiencia directa. Uno de los personajes de la novela es su “alter ego”, el periodista Sergio Ivanovich Platonov, que según cuenta, y a semejanza de Kuprin, ha sido tornero, tipógrafo, labrador, vendedor callejero, plantador y expendedor de tabaco, fogonero en los barcos del mar de Azof y pescador en el mar Negro, descargador de sandias y de ladrillos en el Dnieper, ha trabajado en un circo y ha actuado como actor.

En las casas cerradas, donde transcurre la mayor parte de la novela, viven las mujeres a las que acuden los individuos mas dispares: desde el escolar que tiene con ellas la primera experiencia femenina, hasta el marido que busca romper la monotonía de la vida familiar pasando por el viejo vicioso, el ladrón, el forzado, el policía o el predicador. Las cuatrocientas mujeres que viven encerradas en el barrio son víctimas del ambiente social y se las desprecia y escarnece durante el día, mientras que por la noche son buscadas incluso por los elementos más representativos de la ciudad. Están encerradas, apesadas en la propia trampa del sexo y del dinero; explotadas, no pueden rebelarse y marcharse, porque la sociedad rechaza a los seres marcados por un pasado infame. Tienen que resistir allí, mientras su cuerpo sirva. Su vida profesional está completamente regulada por la burocracia rusa, que fija el reparto de los pagos, el tipo y cantidad de vestidos, que deben poseer las pupilas, las revisiones médicas semanales, etc.

Al final de la novela Kuprin nos ofrece una serie de suicidios y muertes, fruto de la corrupción y del desequilibrio a que lleva la situación ambiental.

Como sucedió con *El duelo*, la aparición de *La fosa* provocó vivas polémicas; los socialistas reprochaban al autor, entre otras cosas, haber considerado la prostitución como un producto natural de la sociedad, las prostitutas serían según Kuprin víctimas del "temperamento social", en

lugar de ver en ellas una consecuencia de la organización capitalista de esa sociedad, como querían los socialistas. El libro es, en si mismo, un instrumento de polémica, que se halla incluso en las discusiones entre los clientes de "la casa" y sirve de base a algunos episodios que son dignos del mejor Kuprin. Otro defecto de la novela, como producto artístico, radica en las diferencias entre las diversas partes que la constituyen: los episodios, apenas unidos entre sí, ofrecen abundantes detalles naturalistas o elucubraciones idealistas sobre las posibilidades de una sociedad futura. Kuprin, en el fondo, compadece a sus desgraciadas protagonistas, en las que ve siempre aquello que permanece por encima de todas las luchas que agitan a los pueblos: el amor de la mujer, única cosa que considera eterna y no carente de sentido.

Las partes segunda y tercera fueron recibidas con cierta indiferencia.

Esta fue su última gran obra, posteriormente escribió algunas historias como *Relámpago Negro* y *Anatema*, y tras una visita al Sur de Francia desde abril a julio de 1912, publicó veinte bocetos de impresiones del viaje *La Costa Azul*.

En 1911 se trasladó con su familia a Gatchina, cerca de San Petersburgo.



KUPRIN EN 1910

LA GUERRA

Al estallar la Primera Guerra Mundial (la Gran Guerra, como se conoció entonces) convirtió su casa en Gatchina en un hospital, recorrió las ciudades del frente occidental, a través de la prensa pidió dinero para los heridos, y en Diciembre rechazó la idea de celebrar el 25 aniversario de su carrera literaria. Como oficial de la reserva fue llamado a filas, y estuvo al mando de una compañía de infantería en Finlandia hasta mayo de 1915 en que causó baja por razones médicas, lo cual también le impidió convertirse en un corresponsal de guerra.



KUPRIN Y SU MUJER DURANTE LA GUERRA

LA REVOLUCIÓN

La Revolución de Febrero de 1917 estalló cuando se encontraba en Helsinki, por razones médicas. Volvió a Gatchina, y mostró su entusiasmo por la caída del zarismo, y publicó una serie de artículos. En mayo comenzó a editar el periódico del Partido Socialista Revolucionario *Svobodnaia Rossiya (Rusia Libre)*. Colaboró también con *Volnost (Libertad)* y *Petrogradskii Listok (El Folleto de Petrogrado)*. Le agradaba la libertad conseguida por la Revolución de Febrero, pero preveía excesos que hundirían Rusia.

La Revolución de Octubre de 1917 no aclaró su posición política que era ambivalente. Por una parte trabajó en varios periódicos hasta mediados de 1918, tales como *Petrogradskoe Ekho (El Eco de Petrogrado)*, *Vecherneye Slovo (La Palabra de la Tarde)* y *Zaria (Amanecer)*. Reconocía la importancia histórica de la Revolución Bolchevique y admiraba a Lenin. Por otra parte temía que los bolcheviques hundiesen la cultura rusa, y que por su ignorancia trajesen nuevos sufrimientos a los campesinos. En junio de 1918, tras la publicación de un artículo contra el régimen, en *Molva (El Rumor)*, fue arrestado por un tiempo corto.

En 1918 publicó una historia anti-bolchevique *El Fantasma de Gatchina* que mostraba la tiranía de los nuevos amos de Rusia.

El 16 de octubre de 1919 el Ejército Blanco, al mando del General Nikolai Yudenich ocupó Gatchina, y Kuprin editó durante una quincena el periódico publicado por el cuartel general del ejército de Yudenich *Prinevsky Krai (El País del Neva)*. En octubre los blancos se retiraron hacia occidente, Kuprin viajó con ellos, y en Yamburg (hoy Kingisepp) se unió a su esposa e hija, siguieron el viaje hasta Revel (hoy Tallin) en Estonia, y en Diciembre viajaron hasta Helsinki, en Finlandia, donde permanecieron unos seis meses, Kuprin trabajó este tiempo para el periódico de los emigrantes rusos *Novaia russkaia zhizn' (Nueva Vida Rusa.)* Finalmente se embarcaron y llegaron a París a principios de julio de 1920.

EL EXILIO

En el exilio Kuprin continuó escribiendo y publicando obras de ficción novelesca, pero su creatividad y calidad habían disminuido. Adicionalmente su salud comenzó a deteriorarse debido a una enfermedad grave y al alcoholismo. Sufrió de nostalgia, y volvió a temas relacionados con sus etapas iniciales como escritor y con experiencias personales que le unían a su patria perdida.

Las tres mejores obras escritas durante el exilio son *La Rueda del Tiempo* (1919), trece bosquejos, la obra autobiográfica *Los Junkers* (1932), en la que recuerda sus años en la Academia Militar, y la novela romántica *Jeanette* (1933), en que describe el afecto de un profesor viejo por una niña de la vecindad.

EL REGRESO

A fines de 1936 pidió un visado para regresar a la Unión Soviética. El 29 de mayo de 1937 los Kuprin abandonaron París para dirigirse a Moscú, en dónde fueron recibidos el día 31 por representantes de las organizaciones de escritores, que los alojaron en el Hotel Matropole, y después en una dacha en las afueras de la ciudad en Golytsino. Allí recibió atención médica. A mediados de Diciembre se trasladaron a un apartamento en Leningrado. Kuprin murió en esta ciudad de cáncer el 25 de agosto de 1938, y está enterrado en el cementerio Vólkovskoye, en San Petersburgo, en el llamado Literaturskiye Mostki (Puente literario).

Tras su vuelta, sus libros comenzaron a publicarse, de nuevo, editados por su mujer.

LOS CUENTOS

¡ALLEZ!



Aquella exclamación entrecortada y misteriosa era el primer recuerdo que mademoiselle Nora tenía de su infancia oscura, monótona y errante. Su media lengua, débil e infantil, había pronunciado esta palabra antes que cualquier otra, y siempre, incluso en sueños, después de aquel grito aparecían en su recuerdo el frío de la arena del circo, los vapores de las cuadras, el galope pesado del caballo, el seco chasquido del látigo largo y el abrasador dolor del golpe, que ahogaba de repente la indecisión momentánea producida por el miedo.

¡Allez!

Estamos en el circo vacío, oscuro y frío. Los rayos del sol invernal, que atraviesan la cúpula de cristal, forman una mancha débil sobre el terciopelo carmesí y los dorados de los palcos, sobre los escudos con cabezas de caballo y sobre las banderas que adornan los postes; los rayos juegan también con los cristales mates de las farolas eléctricas y se deslizan

a lo largo del acero de las barras fijas y trapecios colocados a una altura enorme, en un lugar donde se confunden íntimamente máquinas y cuerdas. La vista apenas distingue la primera fila de asientos, ya que la parte trasera de los palcos y la galería se hunde completamente en la oscuridad.

Comienza el trabajo diario. Cinco o seis artistas vestidos con pellizas y gorros, y fumando cigarros apestosos, están sentados en las sillas de la primera fila cerca de la entrada a las caballerizas. En el centro de la pista está de pie un hombre rechoncho y paticorto, que lleva un sombrero de copa echado hacia el cogote, y que tiene un bigote negro retorcido con esmero hasta formar un hilito. Coloca una cuerda larga alrededor de la cintura de una niña menuda de unos cinco años, de pie ante él, la muchachita tiembla a la vez de emoción y de frío. Un enorme caballo blanco, que conduce un mozo de cuadra a lo largo de la barrera, resopla ruidosamente y sacude su cuello largo, mientras que por las ventanas de su nariz salen chorros blancos de vapor. Cada vez que el caballo pasa por delante del hombre del sombrero de copa, se inclina al ver la fusta que este lleva bajo el sobaco, resopla con inquietud y dando un salto arrastra tras él al mozo. La pequeña Nora oye a sus espaldas los movimientos nerviosos del caballo y tiembla aún más.

Por detrás, unas manos fuertes la cogen por la cintura y la depositan sobre el lomo del caballo, sobre la silla de cuero. Casi en aquel mismo instante todo, las sillas y mesas blancas, las cortinas de la entrada, se mezclan formando un caleidoscopio abigarrado que gira a su alrededor. Los brazos de Nora están rígidos y sus manos se agarran convulsivamente a la dura crin. Tiene los ojos fuertemente cerrados por temor al parpadeo producido por el rápido giro. El hombre del sombrero de copa camina alrededor de la pista y mantiene, junto a la cabeza del caballo, el extremo del látigo, el cual hace restallar con un chasquido ensordecedor.

¡Allez!

Nora, vestida con una faldita corta de gasa y con sus brazos delgados, desnudos e infantiles, está de pie bajo la luz de los focos eléctricos en la misma cúpula del circo, balanceándose enérgicamente en un trapecio. En otro trapecio, muy cerca de las piernas de la muchacha, cuelga hacia abajo otro hombre rechoncho, agarrado por las rodillas a la barra. Este hombre viste un maillot rosa cubierto de lentejuelas doradas y franjas onduladas, lleva el pelo untado de pomada, y es un ser muy cruel.

El acróbata levanta sus brazos caídos, los separa y dirige, a los ojos de Nora, una mirada penetrante, fija, capaz de hipnotizar... da una palmada. Nora hace un movimiento rápido hacia adelante para lanzarse hacia abajo, hacia esos brazos fuertes y despiadados (¡Oh!, con que miedo respirarán ahora los cientos de espectadores), pero el ánimo de Nora se enfría y el miedo hace que su corazón deje de palpar, y entonces aprieta aún con más fuerza las delgadas cuerdas del trapecio. Los despiadados brazos caídos se elevan de nuevo, y la mirada del acróbata se hace aun más dura... El espacio por debajo de las piernas de Nora parece un abismo.

¡Allez!

Nora se mantiene en equilibrio, desanimada, en la cumbre misma de una "pirámide humana" formada por seis personas. Se desliza, contorsionando su cuerpo tan ágil como el de una serpiente, entre las barras fijas de una escalera larga y blanca, que alguien mantiene sobre su cabeza. Gira en el aire a gran altura, como un resorte de acero, en el llamado "juego de Ícaro". Camina por las alturas, muy por encima del suelo, a lo largo de un fino alambre tembloroso, que le causa un dolor insoportable en los pies... Y por todas partes rostros a la vez hermosos y estúpidos, con raya marcada en sus cabellos engomados, con sus copetes repeinados y con sus bigotes retorcidos, el olor de los cigarros y de cuerpos humanos sudorosos, y, siempre, el miedo, y aquel grito inevitable y fatal, utilizado tanto para animar a las personas, como a los caballos o perros amaestrados.

¡Allez!

Han pasado dieciséis años, y Nora se ha convertido en una mujer muy hermosa. Fue entonces cuando durante el espectáculo, se soltó de la barra fija, pasó volando por encima de las redes, y cayó sobre la arena de la pista. La llevaron, enseguida, entre bastidores, y allí, de acuerdo con una antigua costumbre del circo, comenzaron a zarandearla con fuerza para que recobrase el sentido. Se despertó, y comenzó a gemir por el dolor que le causaban sus brazos dislocados. "El público está inquieto y comienza a marcharse" - le dijeron - "¡Ve y aparece ante el público!". Se puso en pie obedientemente y fijó en sus labios la sonrisa habitual de "amazona graciosa", pero apenas hubo dado dos pasos comenzó a dar gritos y a tambalearse por el dolor insoportable que la atenazaba, pero diez manos la agarraron y la lanzaron con fuerza a través de las cortinas de la entrada, hacia el público.

iAllez!

Aquella temporada trabajaba en el circo en calidad de artista especial el payaso Menotti. Este no era uno de esos payasos simples y baratos, cuyo número consiste en revolcarse por la arena, en recibir bofetadas y en cosas así, o, que no habiendo comido nada el día anterior se pasan la tarde entera haciendo reír al público con una serie inagotable de chistes, por el contrario era un payaso celebre, el primero que actuaba en solitario, que era capaz de imitar a todo el mundo, era además un domador de animales reconocido mundialmente, había recibido numerosos premios honoríficos, etc.,etc. Llevaba sobre su pecho una larga fila de medallas de oro, y recibía hasta doscientos rublos por actuación, de todo lo cual estaba muy orgulloso, y además hacia ya cinco años que no llevaba más que trajes hechos de muaré. Se sentía inspirado por las tardes y hablaba de si mismo con amargura: "¡Si, nosotros los payasos estamos obligados a hacer reír a un público hastiado!". En la pista cantaba viejos cuplés falsos y afectados, o declamaba versos que él mismo había compuesto, o criticaba al Parlamento o la situación del alcantarillado, todo esto lo hacía con gestos afectados, fastidiosos e inoportunos para un público atraído al circo por una propaganda indiferente. En la vida diaria tenía un aspecto lánguido y le gustaba, con aspecto misterioso y negligente, insinuar sus relaciones íntimas con condesas de extraordinaria hermosura y terriblemente ricas, pero que le aburrían por completo.

Cuando se curó de la dislocación del brazo, apareció Nora por primera vez en el circo durante el ensayo matinal. Al saludarla Menotti le retuvo la mano con la suya, y con ojos cansados y voz débil se interesó por su salud. Nora se turbó, se puso colorada y retiró la mano. Este momento decidió su futuro.

Al cabo de una semana cuando Menotti acompañaba a Nora a la gran función de la tarde le pidió que fuese a cenar con él al restaurante del magnífico hotel en el cual el primer payaso en solitario, el mundialmente famoso Menotti se hospedaba siempre.

Las salas privadas se encontraban en el último piso, y mientras subían, Nora se detuvo un minuto, en parte por cansancio, en parte por nerviosismo, pero quizás también por una última y casta indecisión. Menotti le apretó con fuerza el codo. En su voz resonaba una fiera pasión y también la crueldad del antiguo acróbata cuando decía:

¡Allez!

Ella le siguió... Veía en él a una criatura superior y excepcional, casi un dios... Se hubiese arrojado al fuego si a él se le hubiese ocurrido pedirselo.

Durante un año viajó con él de ciudad en ciudad. Nora limpiaba las joyas y medallas de Menotti en el momento en que este iba a salir a la pista, le ponía y quitaba los maillots, se encargaba de su ropa, le ayudaba a amaestrar ratas y cerdos, le aplicaba la crema en la cara, y lo más importante de todo creía con el fervor de un idólatra en su grandeza. Cuando se quedaban solos, Menotti no encontraba en que ocuparla, y recibía de Nora caricias apasionadas, pero aburridas, que él recibía con el aspecto de un hombre harto, pero que tiene la benevolencia de dejarse adorar.

Al cabo de un año se cansó de ella. Sus miradas amorosas se dirigieron entonces a una de las hermanas Wilson, que ejecutaban un número de "vuelo aéreo". Realmente él no se sentía cohibido en absoluto ante Nora, y, con frecuencia, en los camerinos, ante los artistas, la abofeteaba si encontraba un solo botón descosido. Ella aguantaba todo esto con la humildad con la que un perro inteligente y fiel recibe una paliza de su amo.

Finalmente, una noche después del espectáculo, en el cual el primer domador del mundo fue abucheado por el público, ya que había golpeado con el látigo a un perro con demasiada fuerza, le dijo a Nora que se fuese inmediatamente al infierno. Ella obedeció, pero se paró a la puerta de la habitación, y se volvió a él con una mirada suplicante. Menotti corrió rápidamente hacia la puerta, la abrió de una patada llena de rabia y grito:

¡Allez!

Al cabo de dos días, a Nora, como a cualquier perro apaleado y abandonado, le tiraba el amo, pero sus ojos se oscurecieron cuando el portero del hotel con una sonrisa insolente le dijo: "No puedes verle, está en una sala privada ocupado con una señorita".

Nora subió y, con toda corrección, se detuvo ante la puerta de la misma sala, donde un año antes estuvo con Menotti. Si, estaba allí. Reconocía su voz lánguida de genio agotado, de burla interrumpida por la voz feliz de un payaso casi inglés. Abrió la puerta rápidamente.

Allí estaba, el papel de la pared carmesí y oro, la luz brillante de dos candelabros, el brillo de la cristalería, la montaña de frutas y la botella en el cubo de plata. Menotti, sin levita tumbado en el diván, y la Wilson con el corpiño desabrochado, el olor a perfume, vinos, cigarros, polvos. Todo esto la aturdió al principio, después se arrojó sobre la Wilson y le golpeó la cara varias veces con el puño. Esta empezó a gritar y comenzó la pelea...

Cuando Menotti consiguió separar a las dos mujeres, Nora se arrojó a sus pies y cubrió de besos sus botas, y le suplicó que la dejase volver con él. El payaso la apartó de sí con dificultad, y apretándole el cuello con sus dedos fuertes, dijo:

"¡Maldita, si no te marchas inmediatamente ordenaré a los criados que te echen de aquí!"

Nora se puso en pie jadeando, y comenzó a murmurar: "¡Ah... en tal caso... en tal caso!"

Su mirada se dirigió a la ventana, se subió al alfeizar y se inclinó hacia adelante, sujetándose con las manos a los dos lados del marco.

Allá abajo, en la calzada, se oía el ruido de los carruajes, que desde arriba parecían pequeños animales extraños, tras la lluvia brillaban las aceras y los reflejos luminosos de los faroles de la calle oscilaban en los charcos.

Los dedos de Nora comenzaban a enfriarse y el temor hizo que su corazón dejase de palpar por un momento. Entonces cerró los ojos y controló su respiración, levantó los brazos por encima de la cabeza y venciendo su debilidad, con el esfuerzo acostumbrado, gritó como en el circo:

¡Allez!

EL TELEGRAFISTA



Estamos en invierno. La noche está ya muy avanzada. Me encuentro sentado en un típico sofá de hule, de esos que son propiedad del gobierno, el cual se encuentra en la oficina de telégrafos de una pequeña estación de ferrocarril de provincias, cercana a la frontera. Dormito. Fuera, en el bosque, todo está tranquilo. Un silencio total me rodea hasta tal punto que oigo incluso el rumor de la sangre en mis oídos, y también el sonido del aparato telegráfico, que me recuerda a un invisible pájaro carpintero, que, en algún lugar del bosque, estuviese perforando obstinadamente el tronco de un pino.

Frente a mí está el telegrafista de servicio Alejandro Brublevsky inclinado sobre una mesita amarilla de madera de fresno. La sombra de la pantalla verde que cubre la lámpara divide su rostro por la mitad: La parte superior queda en la sombra, pero la parte iluminada por la luz brillante permite ver la punta de su nariz, los labios carnosos y severos, y por encima de un cuello blanco vuelto, la barbilla afeitada.

Con mucho trabajo puedo distinguir las profundas cuencas de los ojos y, dentro de ellas, los párpados abultados y caídos. Todo esto forma parte de un rostro que me es muy familiar, una cara fea, amable, con pómulos salientes, que da una impresión de gran tranquilidad, similar a la que se encuentra en los muertos.

Alejandro Brublevsky es jorobado. Sólo conozco dos tipos de jorobados. Un tipo es el formado por la mayoría de ellos. Estos son seres voluptuosos y malvados, que inspiran recelo por ser vengativos, codiciosos y avaros. Otros, sin embargo, una minoría, y en particular Alejandro Brublevsky, parecen los diamantes que enriquecen la corona del verdadero cristianismo. Cuando tomo en mis manos sus brazos delgados, débiles y tiernos, siento en mi corazón lo mismo que sentiría si acariciase a un niño enfermo. Y cuando pienso como será el alma de Alejandro, la imagino como una gran mariposa, trémula, palpitante y tierna, y pienso que bastará el menor contacto físico para ajar y destruir la belleza de sus alas. Es un hombre cariñoso y desinteresado por todo lo material, que jamás contesta con malos modos. A veces me habla en un tono, mitad burla cariñosa mitad suave reproche:

- Ustedes, señores escritores, son tremendamente injustos con la gente. Cuando aparecerá en una de sus novelas o cuentos un telegrafista como protagonista, en lugar de, como sucede siempre, un tonto de capirote, un lechuguino de estación de ferrocarril, parecido a un escribiente del servicio de intendencia. Un personaje que canta con su guitarra canciones tontas, que se retuerce el bigote y que sigue con los ojos sólo a las damas que viajan en primera clase. Gracias a Dios, querido amigo, este tipo de personaje desapareció ya hace por lo menos cincuenta años. Si quiere observar la vida real, acuérdesse un poco de la huelga de correos y telégrafos que Vd. apoyó, y de que la mayoría de los huelguistas tenían familias numerosas. Sabe Vd. perfectamente, querido amigo, que la pobreza se encuentra por doquier entre nosotros, y también que nuestro sueldo es de unos pocos céntimos. ¿Si nos expulsasen del cuerpo de correos con un certificado de mala conducta a dónde iríamos? ¿Qué le parece mi buen amigo? Mi situación era, en realidad, poco peligrosa, ya que conozco tres lenguas extranjeras y no me encontraría perdido sin mi empleo. Pero los otros, amigo mío, arriesgaron sus cabezas en este asunto de la huelga.

Nunca pierde su aspecto bondadoso y paciente, aumentado por una sonrisa suave. Veamos ahora: Está pendiente de la cinta que corresponde a un telegrama urgente, importante, procedente del extranjero. Hace ya más de un cuarto de hora que no ha podido retransmitirlo, ya que la estación principal de transmisión está conectada a una de las intermedias, y están siendo utilizadas para coquetear descaradamente. El telegrafista desde su transmisor ha preguntado a cierta señorita, que se encuentra en la estación

intermedia, una palabra que comienza por "A", y burlonamente pulsa repetidas veces la tecla correspondiente a esta letra:

Sin embargo, la señorita no logra adivinar la difícil palabra. Intenta: "Aire, agua, asno, azucena, ardor".

- Ardor. Me parece que no es eso - se burla el telegrafista desde la estación transmisora.

"Alhaja, anillo, animal, ámbar" - continua la poco perspicaz señorita.

Entonces Brublevsky, que ya está cansado de esperar, decide que debe intervenir.

- Señorita, dígame "amor", y libere la línea, pues tengo un telegrama urgente.

- Tendrá que esperar le replican con ligereza desde la estación principal.

Brublevsky, ante la desfachatez del telegrafista, contesta con dureza. Al cabo de un minuto llega la respuesta llena de excusas. Alejandro no necesita leer la cinta, ya que su oído experimentado entiende directamente el mensaje.

- Perdón, compañero, pero estoy seguro que Vd. fue joven también y me comprende sin más palabras.

Veo como una sonrisa ligera mueve los bigotes que Brublevsky luce sobre sus labios gruesos, que están fuertemente iluminados por la luz de la lámpara. No tiene más de veintiséis años, pero todos sus colegas le tratan ya como si fuese un viejo.

- De este modo se pasan coqueteando tardes enteras - dijo mientras examinaba cuidadosamente la cinta del telegrama que se retuerce entre sus manos formando bucles.

- Nuestro trabajo es muy serio gracias a Dios. El telegrafista es un muchacho muy conocido, y ella es Katerina Sergievna una muchacha buena y trabajadora. Coinciden los dos en su turno de trabajo en ambas estaciones, lo cual es estupendo. Opino que está muy bien que a la mujer comiencen a darle trabajo. Antes no tenían ninguna salida, solo esperar y pedir a Dios que les enviase un novio. El padre estaba a todas horas quejándose de la chica: "Siempre comiendo gratis. Espero que encuentres pronto algún estúpido que se case contigo". Si la muchacha se casa,

entonces es necesario cuidarse de los pañales, la ropa, la cocina, la familia, la colada, dar de comer a los niños. El marido es el que le grita entonces: "Maldita inútil, la comida esta insípida; sólo sabes gastar dinero y pasearte. Ve inmediatamente a comprarme unas cervezas y unos cigarrillos..." Pero, mi querido amigo, si el sueldo fuese de los dos, él no se atrevería a hablarle así.

Alejandro se calla, y habiendo leído el principio del telegrama, empieza a teclearlo con gran atención. Su rostro, con los párpados entornados, está inmóvil, y sólo los dedos de su mano derecha se mueven con gran rapidez y apenas rozan las teclas. Otra vez la somnolencia se apodera de mí y de nuevo el bosque verde permanece silencioso, y allá a lo lejos el incansable pájaro carpintero golpea un árbol. Durante este tiempo pienso en muchas cosas extrañas. Toda la esfera terrestre está cruzada por innumerables líneas telegráficas, y en un nudo, en éste justamente, está el gentil Alejandro Brublevsky, un buen conocedor del progreso mecánico. El escucha lo bueno y lo malo, la felicidad y la desgracia de la humanidad. El telégrafo ha sido la primera aplicación práctica e importante, de la misteriosa energía eléctrica. Mucho más recientemente han aparecido los teléfonos, las bombillas y las cocinas eléctricas, los tranvías, el telégrafo inalámbrico, los automóviles, los aeroplanos. La humanidad avanza con mayor velocidad cada año, con cada nuevo paso que da hacia adelante. Ayer eran noticia unos rayos asombrosos que atraviesan el cuerpo humano de parte a parte; el servicio de correos comienza a utilizar unos aparatos de naturaleza extraña, las radios. El hombre domina ya la fuerza de los saltos de agua y del viento, y, sin duda, muy pronto conseguirá que el oleaje del mar trabaje también para él, y lo mismo sucederá con la luz del sol, las nubes o la atracción de la luna. Penetrará en las profundidades de la tierra y extraerá nuevos metales, más poderosos y misteriosos aún que el radio, y los convertirá en sus esclavos. Mañana o pasado mañana podré hablar desde San Petersburgo con mi amigo, que vive en Odesa, y al mismo tiempo seré capaz de ver su rostro, su sonrisa y sus gestos. Muy pronto llegará el momento en que una distancia de medio millón de kilómetros se recorrerá en unas horas; un viaje de Europa a América equivaldrá al paseo que doy actualmente antes de la comida. Pero pienso con espanto en las inmensas ciudades futuras, especialmente cuando imagino sus noches. En el cielo brillarán los anuncios multicolores de las firmas comerciales, allí arriba, por los aires, circularán naves voladoras fuertemente iluminadas, por

encima de las casas, estremeciéndolas a su paso, y se moverán con el mismo estruendo que un tren. Por las calles circularán torrentes ininterrumpidos de tranvías y automóviles, con campanillas tintineando, con motores rugiendo y con sus enormes faros iluminando la noche; los carteles anunciadores de los cines darán vueltas y cegarán los ojos de los viandantes, y los escaparates de las tiendas derramarán torrentes de luz. ¿Será este mundo espantoso el mundo de las maquinas, de las prisas, de los nervios, de la tensión psíquica? ¿Nos conducirá a un estado de locura generalizada, a un salvajismo universal y, lo que es peor, a una vejez prematura, al agotamiento repentino y a la debilidad? ¿Vaya uno a saber? ¿Puede ser que la gente adquiera nuevos instintos y sentimientos, y que se logre una nueva sensibilidad y actitud mental, y que, en fin, la vida sea para todos más cómoda, hermosa y descansada? No, querido Alejandro Brublevsky, nadie va a contestarnos a estas preguntas, aunque tú, ahora mismo, sentado frente a tu aparato telegráfico puedas forjar la felicidad o la desgracia de la humanidad.

Me doy cuenta de que Brublevsky me está hablando desde hace ya unos minutos. Sacudo mi pereza, me levanto y me pongo al lado de la mesita. Ahora no puedo ver enteramente a mi amigo situado entre la lámpara y el aparato, pero mi brazo este cerca del suyo, y percibo que sale de él una corriente cálida.

- Esto sucedió, poco a poco, como en una obra de teatro -dice él con su voz nerviosa, alta, y aunque algo ronca, muy agradable. Ella estaba locamente enamorada de mi compañero Despot Zinovich Bratoshniskovo, pero yo también me enamoré de ella. Despot era un hombre de ciudad y un donjuán, que volaba de flor en flor, comía y cenaba en las casas de diez familias, por lo menos, ya que estaba prometido a otras tantas señoritas. Sin embargo era un muchacho maravilloso, que, por cierto, fue atropellado por un tren cuando era jefe de estación en Boncha. Yo no sabía nada de su amor... No, esto, tal vez, es falso...Yo... Cómo expresarlo... Yo en este asunto tomé una clara actitud de taparme ojos y oídos. Y he aquí que un día ella se sentó al piano, y yo me puse junto a ella de perfil. Tocó unos acordes sin mirar las teclas, y suavemente volvió hacia mí su cabeza inclinada, y me hablo de un hombre, del cual ella estaba enamorada a pesar de sus faltas; dijo que deseaba morir, para que él pudiese así demostrar sus sentimientos. Dijo que era un hombre muy galante y atento, pero que ella no conocía ni sus pensamientos ni sus intenciones; puede que él sólo jugase

con el corazón de una pobre muchacha, y más cosas de ese estilo. Yo, idiota de mí, tuve la certeza de que ella no se atrevía a hablarme con claridad, sino que lo hacía con alegorías, y con calor me puse a convencerla de que, al revés, "él" la amaba más que a la vida, a la patria, al honor y a todo lo demás. Él estaba dispuesto a hacer por ella toda clase de sacrificios, y todas esas cosas. El que habla apasionadamente de algo acaba creyéndolo él mismo. Entonces se ruborizó de un modo encantador, sus pestañas se humedecieron y me dijo con una voz apenas perceptible: "Le agradezco que Vd. apoye siempre a mi mejor amigo, pero, por Dios, sólo eso, no le diga nada a él, a Despot". Abrí la boca, pero callé durante unos segundos, y, por fin, tartamudeando comprendí el asunto ¿por que precisamente... a él... a Despot? Me miró atentamente a los ojos, y comprendí de golpe que yo sólo era para ella el amigo de su amigo. La muchacha soltó una carcajada fuerte y larga. Sin duda su risa tenía el mismo tono que la que se hubiese utilizado en una obra de teatro. Esa noche fui a emborracharme... No pude conseguirlo, aunque, en el club, bebí como un cerdo. La primera y única vez en mi vida. Al día siguiente pedí mi traslado aquí...

Se calla, escucha los sonidos del aparato. Pero como no le llaman a él continúa:

- La otra vez fue más real, no un asunto de obra de teatro, sino un amor tierno por ambas partes. Sucedió cuando el verano antepasado viaje a Shitomir. Era una noche de luna se oía el canto de los ruiseñores, se percibían los aromas perfumados de las acacias blancas, y a lo lejos la música interpretada en un jardín de la ciudad. Paseábamos por el jardín, un jardín enorme, y yo tenía su mano en la mía. Ella me dijo primero que me amaba y que nunca amaría a nadie excepto a mi. Dijo que me quería así, como yo era, y que más que todo le atraía mi alma y... a continuación palabras agradables, dulces, encantadoras. Salimos a un lugar abierto, a una gran plazoleta. La luna brillaba a nuestras espaldas, y las dos sombras estaban frente a nosotros sobre la tierra plana y apisonada. Una larga, esbelta, con la cabecita ligeramente inclinada a un lado, con un cuello largo, una cintura fina, y otra, la mía... Y bien, entonces... Me cubrí la cara con las manos, susurré algo y huí... Si huí de ella sin despedirme.

Medio año después se casó, y hoy, por la mañana, he recibido una de sus cartas. Es feliz, tiene un hijito, y yo, desde luego, soy su mejor amigo, la quiero más que a nada en el mundo. Fui el padrino de su niño. Se

disculpa por todo aquello que rompió mi corazón, lo cual es una tontería. Me alegro por ella, me alegro mucho. Que Dios le de felicidad. Si, a ella, pues yo ya soy feliz. Me dio una ilusión, una visión del amor, y eso fue verdaderamente real, no un regalo comprado... Porque no hay nada más sagrado ni hermoso en el mundo, que el amor de una mujer.

Guardamos silencio durante unos minutos. Yo me despido y me marchó, pues he de ir lejos, a un lugar situado a más de tres kilómetros. En el profundo silencio mis chanclos crujen ruidosamente al pisar la nieve fresca. En el cielo no hay ni una nubecilla, y sí unas grandes estrellas que se agitan y tiemblan vivamente de un modo extraordinario en la inmensa altura sin fondo. Miro hacia arriba y pienso en el telegrafista jorobado, y me parece que, de repente, las estrellas empiezan a desparramarse formando una mancha plateada.

1911

EL RIZO



Imagínese Vd. un rostro serio e inmóvil con la forma de un rectángulo alargado. Añada a este rostro una barba negra en forma de pala, una calva sobre la cual hay todavía una rara pelusilla, y además póngale unas grandes gafas azules. Finalmente suponga que este rostro forma parte de un cuerpo pequeño, débil y cubierto siempre por una larga levita, y ante Vd. se encuentra el retrato bastante exacto, la apariencia física de Pietr Iliodorovich Nartsissov, uno de los colaboradores del periódico la "Hoja de Privolshk".

El núcleo de la redacción del periódico, en sentido estricto, se componía de tres personas. En primer lugar, Pietr Iliodorovich, único reportero en la ciudad, pero también nuestro corresponsal propio en todos los lugares del globo terráqueo, empezando por los pueblos cercanos de nuestro mismo distrito, y acabando en lugares tan alejados como Calcuta y Chicago. En segundo lugar Sashenka Krikunovsky, una persona de tipo bilioso, excéntrica y magnánima, un auténtico enciclopedista, él escribía para la "Hoja" los editoriales correspondientes a todas las ramas de la ciencia, arte, filosofía y política. Finalmente yo mismo, como especialista de "calidad", bajo el sonoro título de "comentarista de la vida local". Existía además en la "Hoja de Privolshk" un cuarto colaborador, muy activo por cierto, este colaborador eran las tijeras, unas enormes tijeras oxidadas, que siempre alguien tenía en su mesa, y que participaban

activamente con gran frecuencia en las animadas deliberaciones de la redacción de nuestro periódico.

Diariamente a las seis de la tarde nos reuníamos en la redacción del periódico a esperar la llegada del tren que traía el correo de Moscú y de San Petersburgo. En invierno, cuando había nieve abundante, esta espera se alargaba siempre una y, a veces, hasta dos horas. Entonces los tres tomábamos asiento frente a la estufa calentada al rojo. A nuestro grupo se unía César, un perro setter negro y medio ciego, propiedad del redactor jefe del periódico. Se nos acercaba con su andar gotoso, sobre unas patas ya incapaces de doblarse, y ponía su hocico frío y húmedo en la mano de cada uno de nosotros, y luego con un suspiro enfermizo se tumbaba junto al fuego.

Durante estas largas esperas vespertinas, en el momento en que Pietr Iliodorovich aparecía, éste se convertía en el blanco de nuestro aburrido ingenio. Así, por ejemplo, le asegurábamos, que el redactor jefe había mandado que se nos distribuyese a todos cien rublos de anticipo, y Pietr Iliodorovich venía al día siguiente por la mañana a la redacción y pedía el suyo al enojado redactor, o también escribíamos historias fantásticas utilizando como fondo su amoroso corazón.

El que viese a Pietr Iliodorovich dirigiéndose hacia la calle andando de lado, encorvado, cauteloso y a tropezones de un modo muy similar al modo de caminar de un ciego, se sonreiría involuntariamente, cuando oyese a nuestro honorable colaborador presentarse a sí mismo como el héroe de diversas aventuras. Pero así era. El mismo Pietr Iliodorovich con grandes movimientos de cejas nos contaba, a veces, sus éxitos. De estos relatos misteriosos formaban parte unas veces Baden-Baden y ricas condesas extranjeras, otras un marido celoso y un salto desesperado del protagonista, Pietr Iliodorovich, desde la ventana de un tercer piso, otras la hija de unos millonarios, que había querido suicidarse, a cause de un amor desesperado.

Era una característica del carácter de Pietr Iliodorovich, que no se percataba en absoluto de nuestras preguntas atrevidas y astutas, y siempre respondía con total ingenuidad y franqueza. Una vez, no hay más remedio que contarlo, decidimos averiguar, quien era la misteriosa y hermosa Estepanida, su última aventura, sobre la cual Pietr Iliodorovich nos habló durante un mes entero, con mucha mímica y elocuentes aspavientos. Con este objetivo en mente fuimos un día de improviso y sin invitación al

apartamento de nuestro compañero. Pietr Iliodorovich se alegró mucho de nuestra visita y comenzó, con gran confusión, a moverse por la habitación no sabiendo bien dónde nos tenía que sentar, y finalmente empezó a gritar en la puerta abierta: ¡Estepanida! ¡Estepanida! Rápido pon a calentar el samovar. Dirigimos con impaciencia nuestros ojos hacia la puerta, y comenzamos a reír cuando entró en la habitación una mujer enorme, de unos treinta y seis años, picada de viruelas, que parecía más bien un soldado disfrazado. Pietr Iliodorovich adivinó enseguida la razón de nuestra risa, pero ya era demasiado tarde...

Durante el último invierno llegó a nuestra ciudad una compañía ambulante de circo, que estaba compuesta en total, según parece, de unas seis personas. A mediados del invierno se incorporó a ella en calidad de artista especial, una tal Miss May, una moza de origen americano o inglés, que realizaba en la arena del circo experiencias de sugestión hipnótica, adivinaba los pensamientos y como milagro excepcional producía un súbito aumento en el peso del cuerpo del espectador voluntario. Es necesario, sin embargo, hacerle justicia, era una mujer muy guapa, con unos ojos muy vivos, una pelusilla oscura en el labia superior y magníficos dientes.

Dos o tres días después de su primera actuación Pietr Iliodorovich llegó a la redacción, y nos pareció que actuaba con una seriedad y misterio especiales. Esperamos a ver que pasaba. Pietr Iliodorovich guardó silencio durante un cuarto de hora, escribiendo con gran diligencia alguna noticia, después, de repente, levantó la cabeza, nos miró por encima de sus gafas y dijo lentamente:

- Esto... Ayer en el circo actuó... Guardamos silencio.
- Que bonita... una inglesa... Me la presentaron ayer...
- ¿Cómo, habló Vd. con ella Pietr Iliodorovich? - pregunté yo - Probablemente en francés.,.
- Vamos - se molestó Pietr Iliodorovich - Yo entiendo lo suficiente ese idioma para llevar adelante ese tipo de conversación... Una conversación cortés y elegante... Estuve con ella de cuatro a seis...
- Entonces, ¿fue una conquista, Pietr Iliodorovich? - añadió con tono ingenuo Sashenka.
- Bien... No quiero llamar a esto una conquista de Nartsissov, Vds. señores, son muy indiscretos cuando se trata de asuntos femeninos...

A partir de ese momento nuestro respetable colega comenzó una larga serie de trabajos difíciles. Se afanaba en vender entradas en beneficio de la Miss de ojos negros, diariamente en sus artículos hacia comentarios sobre ella de tipo propagandístico, aunque nunca más de tres líneas, se le encontraba siempre entre los bastidores del circo, y, en general, se comportó durante ese tiempo de una forma anormal.

Por otra parte, parecía evidente, que no disfrutaba completamente de las simpatías de la hermosa Miss. Así, una vez que salía del circo, por casualidad, escuche la conversación de Pietr Iliodorovich con Miss May, mientras la acompañaba hasta un carruaje.

- ¡Madmuasel! dijo Pietr Iliodorovich con una vocecilla ceceante y extraordinariamente tierna, mientras corría al lado de la señorita, ya a su derecha ya a su izquierda - Madmuasel, she siui ochurdui anshante par vu. Vu eet ekstraodiner. Kom iun deess! Tu lie piublik ossi, kom mua... (Estoy fascinado por Vd. Es extraordinaria. Es una diosa. Todo el publico, también como yo...)

En aquel mismo instante un oficial alto y que vestía el uniforme del Regimiento Nikolayevski se dirigió hacia Miss May, y ésta rápidamente se sentó junto a él en un carruaje, y se olvidó de despedirse de su apasionado admirador. Allí quedó Pietr Iliodorovich en pie durante un largo rato, con la cabeza descubierta, mirando como su "deess" se alejaba.

Cuando entraba en la redacción, y se empezaba a hablar de Miss May, él con aire de conecedor se callaba. Sin embargo, una sonrisa escéptica en sus labios, y un tic muy intenso en su rostro nos decía claramente: Ay de mi, señores, ninguno de Vds. sabe nada. Aquí estoy yo que realmente podría decir algo, si fuese sólo menos discreto".

Algún tiempo después llegó el momento de la despedida de la inglesa. En el periódico aparecieron una tras otra la publicación de su penúltima, última y, aún dos veces más, última actuación de Miss May. Pietr Iliodorovich estaba obsesionado por eso y vivía en las nubes. Proyectó grandiosas celebraciones para su despedida, corrió a todas partes con entradas para la última función, reunió, por suscripción, dinero para un regalo valioso destinado al gran prodigio artístico que se despedía de nuestra ciudad. Nuestro redactor movía su cabeza en silencio y serenamente emborronaba el panegírico preparado por Pietr Iliodorovich.

Éste dejó finalmente de aparecer por la redacción. Un día, cuando yo llegué allí encontré a Sashenka Krikunovsky en medio de una extraña ocupación, que no estaba de acuerdo ni con su edad ni con su posición en el periódico. Estaba sentado en una silla delante de la chimenea, había abierto sus piernas por completo, y con cuidado pelaba con unas tijeras el rabo peludo de César. El viejo perro no se oponía, en absoluto, a esta operación. y sólo se había tumbado en el suelo formando un anillo, y con cierta admiración olfateaba las manos del barbero improvisado.

- ¿Que hace Vd. Sashenka? - pregunté, no sin cierta inquietud.

- Espere, que luego lo sabrá - contestó seriamente.

Una vez hubo acabado la operación, sacó del bolsillo una cintita de raso de color rosa, y con gran cuidado envolvió con ella el mechón de pelo canino. Ante mis preguntas tomó una actitud misteriosa y dijo que más tarde lo sabría todo. Como no pude conseguir ninguna explicación clara de su actuación extraña y frívola, llegué a olvidar completamente ese incidente al cabo de un par de días.

Dos semanas después de la marcha de Miss May, Pietr Iliodorovich comenzó a salir poco a poco de su enamoramiento. Su rostro perdió la expresión a la vez solemne y cómica, que tenía hasta entonces, y se incorporó, de nuevo, al quehacer diario del periódico. Pietr Iliodorovich no decía ni una sola palabra sobre la hermosa inglesa, e incluso permanecía callado, cuando se comenzaba a hablar de ella. Parecía que por fin se había convencido de que durante todo el tiempo, que la siguió, no fue más que un peón insignificante en manos de aquella mujer.

Algún tiempo después tuvo lugar un suceso inesperado que, de nuevo, nos trajo a la memoria a la Miss ausente. Llegó a nombre de Pietr Iliodorovich por correo un aviso de que había recibido un envío de valor. Al día siguiente el cartero trajo a la redacción este envío, un paquete que venía envuelto con una tela de arpillera basta sellada con lacre rojo. Pietr Iliodorovich tomó un cuchillo, y todos nosotros, esto es Krikunovsky, nuestra secretaria, y aún el mismo redactor jefe, que casualmente había salido de su oficina, y yo mismo nos agrupamos alrededor de él. Pietr Iliodorovich descosió cuidadosamente la arpillera y la quitó. Debajo encontró una pequeña caja de madera cuidadosamente embalada con papel de periódico. Dentro de la cajita, y protegida con algodón abundante había una bombonera delicada que estaba cerrada por medio de una pequeña

cerradura, y junto a ella sujeta por una fina cadena, había una llavecita casi microscópica. Pietr Iliodorovich con manos temblorosas abrió la bombonera. Nuestra curiosidad, por supuesto, aumentaba con cada uno de sus movimientos. Dentro de la bombonera había algo, envuelto con gran cuidado con un papel de seda verde y rodeado por un cordón fino. Debajo de este papel había otro de color rojo, debajo de él uno azul, luego uno blanco y, por último, uno rosado.

Cuando por fin se quitó el papel rosado, apareció ante nuestros ojos un pequeño estuche de cordobán de color castaño oscuro, parecido a los que los joyeros utilizan para guardar joyas de valor. Pietr Iliodorovich abrió el estuche. En él, arrollado en forma de anillo, alrededor de la elevación redonda central de terciopelo, había un mechón de pelo negro, atado con una cinta de raso de color rosa.

- ¡Ahí hay una notita! - exclamó la secretaria - Mire Vd. dentro de la tapadera.

Efectivamente en el estuche había una nota doblada por la mitad, y una tarjeta perfumada de color rosa con un dibujo que representaba un nomeolvides y dos palomas besándose. Al pie de la tarjeta había una corta inscripción: "To my darling and sweetheart, I hope you will never forget me. May".

"Querido mío, espero que Vd. nunca me olvide" - tradujo en voz alta el redactor, que conocía el idioma inglés.

Pietr Iliodorovich nos miró por encima de sus anteojos con orgullo y con una mirada resplandeciente de felicidad, después llevó con gesto teatral a su corazón el recuerdo que acababa de recibir, y a continuación lo acercó a sus labios, y comenzó a cubrirlo con cálidos besos.

Miré a Krikunovsky, e intercambié con él una sonrisa, y... de repente comprendí todo. Krikunovsky, se puso completamente rojo, y comenzó a sacudirle una risa silenciosa... instantáneamente se apoderó también de mi un acceso de risa irresistible. Pietr Iliodorovich aun estaba con el rizo en sus labios, y nosotros sacudidos por una risa espasmódica, a punto de caernos de la silla, sujetándonos la cabeza y secándonos las lágrimas de los ojos, reíamos, reíamos y reíamos. El redactor y la secretaria no entendían que sucedía, y se acercaron hacia nosotros. Pietr Iliodorovich nos miraba serio, perplejo, casi asustado.

Reímos un largo tiempo y después, como siempre sucede en estos casos, la risa cesó instantáneamente. Krikunovsky presintiendo que le llegaba un nuevo golpe de risa histérica exclamó:

- ¿Reconocemos este rizo? ¡Yo lo corté del rabo de César!.

No obstante esta vez ninguno de los presentes sonrió siquiera. Frente a nosotros estaba el rostro de Pietr Iliodorovich afectado por el dolor, se había puesto blanco y sus labios habían comenzado a temblar. Siguió un silencio tirante que duró unos segundos; todos estábamos incómodos. Al fin Pietr Iliodorovich dejó caer lentamente de su mano el desgraciado rizo y sin decir ni una palabra, más encorvado de lo habitual, salió de la habitación.

Pietr Iliodorovich no se presentó en la redacción ni al día siguiente, ni al otro. Supimos que tras la historia del rizo salió de la ciudad. No volvimos a encontrarnos con él, pero un conocido mío me dijo que le había visto en varias ocasiones, y que al mencionarle el nombre de Krikunovsky o el mío, se ponía frenético y nos llamaba "bufones del periodismo", "escritorzuelos sin talento" y "falsarios de la literatura".

1895